

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habéis fijado la atención en lo que acompaña, divierte, sugiere y hace soñar una chimenea encendida?

Por supuesto, hablo de una chimenea de leña (en este particular, como en otros varios, no soy hija de mi siglo, si bien en bastantes me considero hija del que viene). Hablo de una chimenea amplia, de piedra granítica, de columnas exentas, fuertes, en cuyo lintel el imaginero entalló un simbolismo encantador, racimos, copas, hojas de vid, sarmientos, pajarillos, salamandras, diablillos rabudos, lagartos de airosa flexión, un dragón alado, una Quimera encantada, los mil caprichos del arte, que parecen reír a la llama o hacerle misteriosas muecas... Allá en el fondo de la chimenea tostado por la caricia abrasadora, se hacinan los cepos de pino o de roble viejo, y debajo de ellos, las ligeras virutas o las astillas que han de servir para encender. Es un goce compensador de la melancolía otoñal prender fuego al montón, ver cómo empieza a iluminarse, a palpar, y cómo, mordiendo la llama en lo recio de los troncos, estallan y crujen cual los condenados de Dante, cuyo espíritu está cautivo en los árboles secos.

Al lado tenéis una fuente llena de maduras castañas, y las vais asando en la hoguera, poco a poco, después de hacerles, con un cuchillo, rápida incisión. Salen doradas por dentro y cenizas por fuera, sabrosas, calientes hasta el furor. Los dedos se abrasan al querer llevarlas a la boca.

Fuera, cae la lluvia, porfiada y lenta, esa lluvia galiciana de la cual se suele decir que cae hacia arriba. El paisaje es triste: lejanías brumosas, y, en primer término, las coníferas del parque, inundadas, sacudiendo, al impulso del viento, como perros que salen de una piscina, sus ramas lloronas. Se creyera uno en el Norte de Europa, en algún desierto valle, cubierto de nieve que el deshielo derrite, si una camelia, en flor, no gritase:

— Este es, en medio de todo, y a pesar del incessante llover, un país templado, benigno.

¡Benigno o no, la chimenea es indispensable! Sólo ella corrige esa humedad malsana, depresiva, que se mete tan traidoramente por los huesos de los reumáticos... El reuma es, sobre todo en este tiempo, un personaje de actualidad. Ha llegado el momento en que el correo os trae diariamente algún anuncio de «franelas de salud», «calorilanas», «tejidos esponjosos del Dr. H, del Dr. B. Antaño, estas telas que se ciñen no se conocen o poco menos, y el consuelo de los crucificados de dolores era la burda y horrida bayeta amarilla. ¿Por qué amarilla?... No he podido averiguarlo nunca, pues no me figuro que el color amarillo tenga virtud medicinal. Ello es que el amarillo reinaba en las prendas higiénicas, y he sabido de un matrimonio que perdió su felicidad porque la señora usaba calzones de ese color y de ese género, y no quiso desecharlos, lo cual precipitó al marido a resoluciones extremas... Hoy, la estética ha invadido un territorio del cual estaba expulsada. No voy a recomendar ninguno de los productos que se anuncian en prospectos de papel satinado, con gran balumba científica, al contrario: sostengo que no son ni mejores ni peores que las combinaciones, fajas y jerseys que se venden en los almacenes y tiendas.

\* \*

Tienen estos elásticos, que la mujer ha empezado a usar ahora, un fin de ventajas. No abultan y se pegan a la carne como el guante a la mano. Abrigan suavemente y eximen de usar un sinnúmero de prendas que, con el inevitable aditamento de botones de nácar, cintas, pliegues, encajes, entredoses, complican no poco el vestir y son caros si han de ser buenos. Este nuevo estilo de los «peleles», que sin duda

inventó la coquetería, el deseo de parecer menos corpulentas, ahora que la moda pide siluetas a cada paso más consumidas, ha venido a redundar en favor de la economía y de la higiene también, porque el pelele de hilo, de algodón, de lana, de seda, adaptable a todas las estaciones y a todos los climas, a todos los estados de salud, a la necesidad del momento, es infinitamente más práctico que la ropa blanca antigua, igual en verano que en invierno.

Viene a ser el pelele una segunda piel, que protege la primera, asaz inadecuada al fin de preservar a la humanidad de los inconvenientes del calor y del frío. Es asombroso lo mal preparados que estamos para resistir a la intemperie. No se comprende cómo se las arreglaron los primeros hombres para no quedarse tiesos, y si es verdad que la especie humana apareció sobre la tierra durante el período cuaternario, en que Europa y parte del antiguo mundo eran vastos glaciares, la sorpresa es mayor. Ya sé que las «pieles de animales» fueron un recurso. ¿Pero antes de dar muerte y desollar al primer oso, a la primera alimaña salvajina, o a la primera *capra hispánica*?

Cuando el hombre conoció el fuego, ya lo descubriese el titán Prometeo o sencillamente un pobre salvaje que frotó un madero contra otro, o cerca del cual cayó el rayo, incendiando un matorral de arbustos secos — ¡qué diferente debió de ser ya su destino! ¡Cuántas esperanzas nacerían en su corazón atribulado, encogido por el miedo y la superstición! Desde los hielos eternos hasta este mediano monte de leña cuyo crepitar ritma la estridencia de un grillo oculto en algún rincón de la piedra, ¡qué avance de bienestar!

\* \*

Hay dos cultos idolátricos que no es difícil explicarse: el del Fuego y el del Sol. ¡Qué impresión debió de hacer sobre el hombre inocente aun o poco menos, en la ignorada época en que por primera vez lo conoció, el misterio del fuego, que todavía hoy en las Enciclopedias se define así: «Agente desconocido en su esencia» o «Calórico y luz producidos por la combustión...», que viene a ser lo mismo, para descifrar el hecho de la admirable operación natural que produce estas rojas brasas y esta alta llama piramidal, semejante a la que los pueblos de Caldea y de Idumea hacían brillar en sus altares...

Y el fuego es la llama. Por eso las modernas calefacciones centrales de aire serán muy buenas, muy elegantes y lujosas, cuanto se quiera; pero no tienen la alegría de la leña seca y crujiente, de incendiado corazón, en las grandes chimeneas góticas — en suma, la leña del hogar...

Porque el fuego de leña no es otra cosa que el hogar mismo, y por muchos siglos la humanidad no ha separado estos dos conceptos, calentarse y cocer o asar la comida. Todavía, en algunas rancias casas señoriales, se conserva esta costumbre, que en mi juventud estaba en vigor en varias provincias. Durante el invierno húmedo y tenaz, la familia se reunía en la cocina, bajo la campana honda, en torno a la cual corrían asientos reservados a los señores. Los criados, los caseros, la gente humilde, se sentaba en los gruesos troncos llamados *tallos*. El pote, pendiente de los llaves, hervía con monótono glu, glu. Las cazuelas se acurrucaban sobre la brasa, y en ellas cocía a remanso el guiso casero. La cena se preparaba despacio — todo se hacía más despacio entonces —. ¿Cómo entretener la larga velada? No refería la crónica de la aldea — bien sucinta, si no la bordasen interminables comentarios, del orden moral y del anecdótico, cien veces repetidos en noches anteriores —. Otro se encargaba de los cuentos fantásticos, de tragos, brujas, mal de ojo, difuntos, apariciones junto al cementerio. Aquél es especialista en las chuscas. Suele, sin embargo, languidecer la conversación. Entonces se acude al rosario. Siempre corta media hora o tres cuartos de hora, dada la lentitud de la pronunciación labriega y los muchos padrenuestros, y se reza con gusto, al amor de la lumbre y en la dulzura de la compañía, que el hombre tanto ha de menester, en toda esfera social. Luego cenan los señores, en la habitación más próxima, en platos de peltre, y a la luz del velón trípico. A su vez sobre la artesa, engullen el pote humeante los criados. Es hora de recogerse...

— Santas y buenas noches nos dé Dios.

Y aunque estén húmedas las sábanas, el calorito que el cuerpo se lleva consigo ayuda a conciliar un grato sueño.

\* \*

Quedan pocas ya de estas chimeneas de campana vastísima, como la monumental del palacio de

Lestrove, que acabo de visitar, y que era la residencia de verano de la Mitra compostelana. Ante la magnitud de tal chimenea, acuden ideas de la vida grandiosa que allí llevaban los prelados, iguales entonces, en opulencia y poder, a príncipes. Nosotros suponemos haber descubierto el arte de vivir deleitablemente, pero estoy segura de que eran más sibaritas, en algunas cosas, nuestros abuelos. Una de las formas de su sibarismo fué la calma de su existir. Y es la impresión del palacio de Lestrove: calma, reposo. La febrilidad contemporánea no permite saborear cosa alguna, no tolera contemplar despaesamente lo que se disfruta. Como andamos siempre tan apurados, tan agitados, no calculamos infinitas cosas que se calculaban antes, muy hábilmente: por ejemplo, la situación de una vivienda, para que ni la combata el viento, ni las heladas la acometan; para que esté rodeada de una naturaleza amable, riente, fértil, sana. Todos estos conventillos, casas de recreo de monjes y de obispos, están divinamente emplazados, en lugares apetecibles, y los cerca una vega fértil; hay agua abundante, bosques umbrosos, praderías, viñas, huerta frutal. A veces, en estanques magníficos, abundan las anguilas y las carpas: a veces, un río pasa no distante, poblado de finas truchas. El aire, en tales apartaderos, suele correr templado, y oler bien a flores y yerbas silvestres. Los castaños y nogales dan un fruto especial, más sazonado que en parte alguna. Hay un manantial «de rara virtud» al cual se atribuye que se recuerden allí viejos centenarios. Son puntos donde la naturaleza no frunce el ceño, y el suelo, bien afelpado y sequito se deja pisar con gusto...

\* \*

En este palacio de Lestrove, no hay lo que hoy llamamos jardines: algún cierre de mirto, algún estanque, algún emparrado. Pero alrededor del emparrado, sostenido en postes de piedra, una gran mesa habla de meriendas, de chocolates suculentos, aromáticos, saboreados con solemne golosina, precedidos de almibares exquisitos de monjas, de esos transparentes y áureos, líquido ámbar, y acompañados de bizcochones que acaso también se elaboraron por reclusas, con sus manos pálidas, finas, que amasaron la harina y batieron los huevos con igual cuidado que bordaron o plancharon repulgadas pellices y albas rozagantes de encaje. Una larga hilera de asientos, alrededor del emparrado, y adosados a la casa, servían sin duda para que el clero, venido a visitar y hacer la corte al muy reverendo arzobispo, se sentase de un modo perfectamente jerárquico, en silencio, haciendo girar los pulgares y bajando modestamente los ojos, mientras el prelado departía con alguno de ellos, cuya conversación más especialmente le interesaba, ensopando a la vez, en la jicara sostenida por la mancerina de plata, repujada y de elegante forma, el bizcocho esponjado y bañado de blanco azúcar.

Allí se debieron de disfrutar muy regaladas siestas, muy animadas partidas de tresillo, muy apetitosos yantares, muy luminosas mañanas de verano, muy gustosas vendimias de otoño, con lo pintoresco del vino «de propia cosecha» y de las uvas traídas en cestillos, frescas y colmadas sus globitos de dulce pulpa acuosa. Y todo ello duró hasta que los franceses vinieron por acá, a hacer barrabasadas... Entonces se pensó en fusiles y pólvora y balas, y empezó el tiempo en que cada día trajo su preocupación, nacional, política, religiosa... Adiós las noches pacíficas alrededor de la gran *cambota* de la chimenea; adiós los *refrescos* en que el alegre chascarrillo no estaba vedado; adiós los paseos por el bosque, a las horas de sol, bajo el toldo del follaje, leyendo el Breviario, mientras las hojas hacen su rumor musical, y los pájaros se cuentan amores, afanándose por el nido nuevo. Años ceñudos han llegado; revueltas, luchas, discusiones parlamentarias, guerra civil, motines, asonadas constantes, todo lo que hizo de la primera mitad del siglo XIX una pesadilla sangrienta... Y echados los monjes de sus conventillos, y vendidas las residencias episcopales, se acabó aquella existencia a lo Fray Luis, que en vano hoy se intenta parodiar.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.